

Noche de bodas

Jesús Campos García

**(Se adelanta al proscenio y permanece en silencio.
Cuando al fin habla, lo hace con dificultad, muy a pesar
suyo, lo que contrasta con el fulgor que irradia al evocar
las palabras de la camarera.)**

JOSEFINA.- Cuando la camarera entró en la habitación, dijo sorprendida: «¡Santo Cielo!, ¿qué ha pasado aquí?». Ahora, en cuanto vio el traje de novia tirado a los pies de la cama, se echó a reír y, según lo recogía, añadió: «Qué maravilla, ¿no?», a lo que no supe qué contestar, por no saber a qué maravilla se refería.

Habíamos roto la cama. Eso se veía nada más entrar. Pero no solo la cama; también el cenicero, la lámpara que había en la mesita y más cosas que ahora no recuerdo. El combate fue atroz, intenso, despiadado, pero, sobre todo, destructivo.

«Lo que son los hombres. El mío también era así, apasionado. Luego ya, con el tiempo, se les cansa la sangre. Pero al principio, da gloria sentirlos galopar».

Estaba... brillante. También nerviosa, desasosegada. Se movía de acá para allá y reía, reía desmadejadamente. Era como si la contemplación del campo de batalla le trajera el recuerdo de sus días de gloria.

«Lo diré en recepción, para que avisen a mantenimiento». La sola posibilidad de que los carpinteros pudieran añadir un solo comentario más sobre la consumación de mis esponsales fue superior a mí y rompí a reír. Carcajadas necias, fuera de lugar, desorbitadas, pero que ella, al parecer, interpretó como la expresión gozosa de mi felicidad.

«Puede estar orgullosa, mire que he visto camas tras la noche de bodas, pero como esta, ninguna».

Qué ternuras, qué abrazos, qué gemidos, qué besos, qué caricias, qué roces, qué fundición de cuerpos, qué alarde de deseos vería ella en las sillas tiradas por el suelo, en la ropa revuelta, en el larguero de la cama roto, en el colchón hundido; qué maravillas no tendría en la cabeza que sólo se veía a sí misma, gozando sus recuerdos, pero no a mí: inmóvil, quieta, muda, arrinconada junto al tocador, rota... como la víctima de un bombardeo.

«¿Él no estará en el baño?», dijo junto a la puerta, dudando antes de entrar. «No, él no está», fue todo lo que pude decir. Y no estaba. Él ya no estaba allí. Cuando acabó... el combate, él se durmió sin advertir mi insomnio. Y se fue. Se fue por el sueño. Y aunque aún no he conseguido que se marche del todo, cuando vuelve sobre mí, lo hace en calidad de ausente.

Ella sí, ella sí estaba allí. Hablaba, hablaba, hablaba. La camarera hablaba como si su trabajo consistiera en eso, en hablar por los codos. A veces sí, a veces limpiaba, cambiaba las toallas, supongo que trataría de ordenar un poco, pero solo la recuerdo acariciando los tules de mi traje de novia o mirando extasiada los destrozos de la habitación.

No acierto a entender. Me sorprende... es curioso ¿verdad?, pero un olvido inexplicable ha borrado el dolor, la vergüenza, la humillación de aquel terrible asalto. Un inexplicable olvido ha reducido mis recuerdos al fulgor de los suyos.

Y es así como la recuerdo, revoloteando por la habitación, entre mi realidad y su fantasía, cuando, de repente, poniendo fin a sus palabras, desde la puerta y según salía al corredor, exclamó con ademanes de cantante de ópera: «¡Ah, el amor!», a lo que tampoco supe qué contestar, por no saber a lo que se refería.